

Injusticia y negatividad, en Ignacio Ellacuría

David Gómez Arredondo*

Resumen

El artículo examina la noción de negatividad en algunos textos de Ellacuría y muestra cómo su interlocución con Hegel y Marx le permitían enfatizar la presencia de la negación en el mensaje cristiano. En la reflexión sobre la no-justicia como punto de partida, en la crítica de la ideologización y en el profetismo histórico Ellacuría le dio relieve a la negatividad. Finalmente, el autor se interroga por la pertinencia y actualidad de este legado crítico.

Palabras clave:

injusticia, negatividad, profetismo, utopía, neoliberalismo

*Universidad Autónoma de México, UNAM.

Sobre la negatividad

La noción de negatividad constituye una clave de acceso a ciertos aspectos del pensamiento de Ignacio Ellacuría. Su uso de esta categoría suponía un diálogo, en ocasiones abierto, y a veces implícito, con Hegel y con Marx. Pero a la par, el concepto de negatividad le permitía a Ellacuría colocar la atención en algunas dimensiones del mensaje cristiano que le parecían centrales y cuya comprensión juzgaba acuciante en un mundo de opresión e injusticia. La conceptualización que realiza Ellacuría de la noción de negación parte de un diálogo con Hegel y busca establecer un puente entre la visión cristiana de la realidad y la dialéctica hegeliana:

Para Hegel la negación es una fuerza creativa, la negación crea lo opuesto. Este es un punto que asusta a muchos cristianos, porque les parece que va contra la lógica del amor y de la paz. Y, sin embargo, es algo originalmente cristiano, pues no es sino la universalización y conceptualización de la muerte que da vida, de la negación que es necesaria para el seguimiento. Que la negación haya sido entendida y desfigurada como *abnegación* no obsta a que pueda decirse que la negación pueda entenderse cristianamente como principio positivo de vida, como principio dialéctico de realidad superada.¹

Ellacuría veía en la experiencia pascual de la resurrección, que es uno de los contenidos fundamentales del mensaje cristiano, un claro ejemplo de movimiento dialéctico: se transita por la muerte como momento necesario que lleva a la vida. Y, paralelamente, intentaba mostrar la forma en que la presencia de la negatividad atraviesa transversalmente al conjunto de la fe cristiana:

No se trata de un pasaje u otro del Nuevo Testamento, sino de una constante fundamental. Incluso la afirmación originaria de un Dios que se anonada y se hace hombre, que hasta cierto punto niega su misma *forma* divina para recuperar la humanidad perdida en el pecado, que se sepulta con ella y muere con ella para volver con la humanidad entera al seno de la divinidad, esta afirmación, no solo contiene elementos dialécticos importantes, sino que puede ser vista como una de las inspiraciones principales de toda la filosofía hegeliana.²

En este ámbito, Ellacuría buscaba mostrar también la particularidad y las características distintivas de una “dialéctica cristiana”. Sus reflexiones sobre esta temática adquieren un sentido histórico-político cuando sitúa a la negatividad, así como a la afirmación que la contrarresta, en un plano sociopolítico. La negatividad configura el perfil característico de un mundo injusto, en el que la mayor parte de la humanidad ha sido despojada de su dignidad al ser aplastada y sojuzgada por una minoría dominante. En el plano sociopolítico y, particularmente, en el marco del intento que realiza Ellacuría de “historizar” los derechos humanos, encontraremos que el punto de arranque de la reflexión es la negatividad. Lo dado, lo vigente, es la no-justicia, la escisión entre una “realidad negada, que no puede llegar a ser aquello que podría y debería ser precisamente porque se lo impiden”, ante una “realidad negadora (...) (personal, grupal, clasista, estructural, institucional, etc.)”³.

Para Ellacuría, esta reflexión sobre la negatividad y la injusticia —en la que aparece un polo que niega ante un polo negado—, debe ponerse en juego en el terreno teórico y en el plano práctico. Pero se trata de un ejercicio

1. I. Ellacuría, “El objeto de la filosofía”, en *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, tomo I, San Salvador: UCA Editores, 2005, pp. 63-92. Para la cita, p. 68.
2. *Ibid.*, p. 81.
3. I. Ellacuría: “Historización de los derechos humanos desde los pueblos oprimidos y las mayorías populares”, en *Escritos filosóficos*, tomo III, San Salvador: UCA Editores, 2001, pp. 433-445. Para la cita, p. 438.

plenamente situado, frente al cual no hay soluciones prefiguradas: “En cada caso deberá historizarse qué cosa es lo más negativo en una determinada situación y cuál debe ser el modo de lucha”⁴.

Ideologización y negatividad

Ahora bien, la realidad negada, el polo dominado en una relación que supone despojo y apropiación, ve violentada su dignidad. Una situación de este tipo puede conducir a que los grupos y las personas dominadas internalicen y acepten las justificaciones ideologizadas que despliega el orden social para legitimarse. De hecho, toda una línea de reflexión de Ellacuría se centrará en delimitar y circunscribir el tipo de negatividad que funciona en la ideologización, en la que predominan “visiones de la realidad que, lejos de manifestarla, la esconden y deforman con apariencia de verdad, en razón de intereses...”⁵.

La negatividad sobre la que reflexiona Ellacuría no solo arroja luz sobre el mundo histórico; no se reduce a indicar la presencia masiva y contundente de un orden social injusto. En primer lugar, alerta sobre la eficacia y operatividad de un ámbito ideológico que, para asegurar la dominación, se desliza al terreno ideologizado. En este terreno, el tipo de representaciones y discursos que circulan por una “sociedad dividida” se caracterizarán por encubrir la estructura social y enmascarar la dominación realmente vigente. Aquí es preciso situar las tareas críticas de la filosofía, tema que en el pensamiento de Ellacuría queda perfilado desde 1976, en su texto “Filosofía ¿para qué?”⁶. Las tareas desideologizadoras de la filosofía, al combatir

las falsas representaciones de la realidad que circulan por el campo social, encubriendo y deformando la naturaleza de un orden social injusto, serán situadas —en su escrito “Función liberadora de la filosofía”— como un ejercicio de negación de la negación:

La ideologización nos enfrenta con la nada con apariencia de realidad, con la falsedad con apariencia de verdad, con el no ser con apariencia de ser [...] Esta negatividad crítica es la que puede ponernos ante la realidad fundamentada más allá de esa realidad *sin fundamento* que es todo el ámbito de lo ideologizado. La nada de lo ideologizado nos llevaría a la negación y esta negación permitiría barrer lo que de nebuloso hay en la ideologización, y esta barrida de lo nebuloso nos develaría la realidad, posibilitando la afirmación, tanto de ella, en su fundamento, como la negación y, en definitiva, la desaparición —al menos en el nivel teórico— del falso fundamento de la falsa realidad que se nos quiere imponer en las distintas formas de ideologización.⁷

Profetismo y negatividad

Como se ha indicado, la preocupación de Ellacuría por la conceptualización de la negatividad remite también a una lectura e interpretación del mensaje cristiano, en la que se ponen al descubierto sus elementos más críticos respecto al orden vigente. En el ámbito de su reflexión teológica, hay una importante contribución en torno al profetismo y la utopía, en la que se sitúa en un primer plano la relación entre la negatividad y la positividad que la confronta⁸. El punto de partida de esta veta de su producción teológica prolonga las aseveraciones en torno a la dialéctica que ya hemos vislumbrado: “Profecía y utopía son

4. *Ibid.*, p. 438.

5. I. Ellacuría, “Función liberadora de la filosofía”, en *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, tomo I, ed. cit., pp. 93-121. Para la cita, p. 99.

6. I. Ellacuría, “Filosofía, ¿para qué?”, en *Escritos filosóficos*, tomo III, ed. cit., pp. 115-131.

7. I. Ellacuría, “Función liberadora de la filosofía”, art. cit., p. 101.

8. I. Ellacuría, “Utopía y profetismo”, en Ignacio Ellacuría/Jon Sobrino (coord.), *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, tomo I, San Salvador: UCA, 2008, pp. 393-442.

en sí mismas dialécticas”⁹. La manera particular en la que Ellacuría sitúa el vínculo entre lo que se niega y lo que, al negar, anuncia algo positivo le dará un tono particular a su interlocución con las lecturas de Hegel y Marx que eran comunes en su momento, para lo cual recurrirá a un ejercicio de hermenéutica bíblica.

En este nivel de su discurso teológico, Ellacuría colocará al profetismo en el plano de la negación y la negatividad. Se trata de un primer momento crítico: “Se entiende aquí por profetismo la contrastación crítica del anuncio de la plenitud del reino de Dios con una situación histórica determinada”¹⁰. Como podemos ver, el momento crítico del profetismo no opera de manera aislada. En este acercamiento teológico se requiere de otro momento, de la parte afirmativa, de una dimensión positiva que tenga eficacia y pueda combatir la negatividad que se ha apoderado de la realidad histórica:

Si el reino, por ejemplo, anuncia la plenitud de la vida y el rechazo de la muerte, y la situación histórica de los hombres y de las estructuras es el reino de la muerte y la negación de la vida, el contraste es manifiesto.¹¹

Al explorar la temática de la “utopía cristiana”, Ellacuría explicita el momento positivo que se encuentra en el mensaje cristiano. Se trata de un anuncio y de una promesa que debe ser efectuada en la realidad histórica, conformando así un impulso permanente para combatir al mal objetivado en las estructuras sociales. Ellacuría se esforzaba por historizar su discurso teológico y situarlo en un *locus*, en un lugar histórico determinado; en esa tónica, le da relieve a América Latina como lugar privilegiado para realizar una lectura

del mensaje cristiano, lectura que exige una praxis de transformación radical del mundo histórico, dominado por las exigencias del capital. Vemos, entonces, las peculiaridades del momento positivo y la particularidad de la “dialéctica cristiana” que postulaba Ellacuría. Para confrontarse con la negatividad, con el mal incrustado en las estructuras sociales, políticas y económicas, Ellacuría recurre a la utopía cristiana ya ofrecida como promesa. Para negar, se afirma una utopía, que si bien es “irrealizable de una vez por todas [...] tiene el carácter de algo realizable asintóticamente en un proceso permanente de aproximación”.¹²

Como habíamos señalado, la noción de negatividad se puede relacionar con la experiencia pascual de la resurrección, como la muerte por la que es necesario transitar para llegar a la vida. En “Utopía y profetismo”, Ellacuría realiza un diagnóstico detallado de la civilización contemporánea, descripción que va acompañada de un momento crítico, en un ejercicio de profetismo histórico. En el núcleo del mensaje cristiano, se encuentra la renovación, la negación del mundo presente para el advenimiento de un mundo nuevo:

Pero tampoco se trata tan solo de hacer cosas nuevas, sino más bien de hacer nuevas todas las cosas, dado que lo antiguo no es aceptable. Esto pertenece a la esencia del profetismo utópico. El “si no llegan a nacer de nuevo” (Jn 3,3), la incorporación a la muerte que da vida (Rom 6, 3-5), la semilla que necesita morir para dar fruto (Jn 12,24), la desaparición y destrucción de la ciudad vieja para que surja la nueva en un mundo distinto (Ap 18, 1 ss, 21,1 ss) y tantos otros anuncios vetero y neotestamentarios ofrecen y exigen una transformación radical.¹³

9. *Ibid.*, p. 394.

10. *Ibid.*, p. 396.

11. *Idem.*

12. *Ibid.*, p. 398.

13. *Ibid.*, p. 414.

Ellacuría encuentra una dimensión dialéctica incluida ya en el mensaje cristiano. Historizada esta reflexión desde su presente latinoamericano y periférico, veía en los movimientos populares y de liberación el anuncio de la negación superadora de un mundo injusto, un mundo con unas mayorías imposibilitadas para satisfacer sus necesidades básicas. Pero, al señalar este vínculo, Ellacuría era muy cuidadoso; no se trataba de bautizar a los movimientos de liberación declarándolos cristianos, sino de juzgar y discernir sobre las mediaciones teóricas y prácticas para acercarse al reino proclamado por Jesús. Al evaluar los efectos y las consecuencias de la puesta en práctica de un modelo capitalista en América Latina, Ellacuría elaboraba un duro diagnóstico y concluía que “el ideal socialista está más cerca en lo económico de las exigencias utópicas del reino”¹⁴.

Negatividad, neoliberalismo y posguerra fría

Este juicio en torno a la negación de la “civilización del capital”, que Ellacuría formulaba poco antes del derrumbe del mundo soviético, se apoyaba fundamentalmente en la existencia de los movimientos de liberación. En la figura del “pobre con espíritu”, del oprimido que pugna por transformar la realidad histórica que lo sitúa en una condición de sujeción, Ellacuría vislumbraba un “signo de los tiempos”. Efectivamente, la persistencia y extensión de los movimientos populares de liberación durante la década de 1980, en América Latina y, particularmente, en Centroamérica, conducía al tipo de apreciación histórica y política que tan lúcidamente formulaba Ellacuría.

Sin embargo, en la posguerra fría, tras el asesinato de los jesuitas, una aguda ofensiva de la “civilización del capital” cancelaba para toda una época la fuerza irruptora de los movimientos populares de liberación. En este nuevo escenario neoliberal, la figura del

“pobre con espíritu”, que exigía una transformación estructural en una dirección favorable para las mayorías populares, era decretada como una figura obsoleta y se le enterraba como alternativa histórica y política.

Debido a este contexto, sumado a la fuerza con la que la civilización de la riqueza y del capital se colocaba como dominante, las tareas liberadoras que con agudeza defendiera Ellacuría dejaron, por un tiempo, de colocarse en el centro del escenario político en América Latina. En la época de las “transiciones a la democracia” en la región, se desplazaba la preocupación por la temática de la liberación. Pero esto ocurría mientras se perfilaba una ofensiva del capital de tal intensidad y dimensiones, que borraba o reducía drásticamente del panorama histórico-político las alternativas sociales y populares con poder de negar a la civilización de la riqueza.

A la par, este ciclo neoliberal suponía un nuevo período de saqueo y despojo a favor de unas minorías cada vez más reducidas. Las “mayorías populares” se volvían más numerosas y miserables, sin que esto supusiera que tuvieran potencia política u organizativa para negar el orden vigente. Expresado esto en el lenguaje de Ellacuría y de la teología de la liberación, se podría afirmar que la figura del pobre sin espíritu se extendía como un nuevo signo de los tiempos, sin que ninguna de las características distintivas de la civilización del capital se desdibujara, sino, por el contrario, en un momento en el cual la civilización de la riqueza se manifestaba en las formas más injustas, excluyentes y agresivas.

En definitiva, el neoliberalismo como figura de época que le dio un perfil característico a la posguerra fría ha resultado cada vez más desprestigiado, lo cual exige retomar muchos de los aportes críticos de Ellacuría. Por ello, al revisar algunas de sus categorías, hemos buscado apuntalar una línea crítica y dialéctica que todavía tiene mucho que contribuir en el

14. *Ibid.*, p. 430.